

LA VOZ DEL VIENTO

Por JUAN C. GARCIA, Pbro.
(De la Academia Española.)

*Invenies aliquid amplius in silvis
quam in libris.*

(S. Bern.)

Comenzaba el más hermoso tiempo de nuestros climas cálidos. Rachas bravías que llegaban de las sierras del norte, iban ahuyentando las lluvias, mitigando el ambiente y acallando el coro desapacible de las cigarras. En momentos de calma subían de la vega los murmullos del río Dulce, el quejido de la paloma montés y el canto del toche entre las bananeras. Selva adentro, percibíanse gorjeos extraños, a veces lúgubres, a veces jocosos, de otros pájaros desconocidos.

Pronto nuevas ráfagas volvían a excitar en la espesura aquellas resonancias que fueron gratas a la ignorancia hebreá, al numen gentilico, al misticismo de la antigua literatura cristiana y a las musas modernas. Para el profeta bíblico el aura es hálito de la boca de Dios, que conmueve las montañas. El Señor, dice el vate de los salmos, saca de sus tesoros el viento, le impulsa y le dirige, le envía cual mensajero y vuela sobre sus alas. Del rumor que despierta al sacudir el follaje, nos hablan Homero, Anacreonte y Teócrito, con sus pares del Lacio. No menos expresivos son los ascetas medioevales y los humanistas de Florencia. Después agregará el maestro de León su frases líricas, rimadas a la sombra del huerto belmontino. Le imitarán muchos bardos posteriores, entre ellos Mistral cuando escribe que las ramas llenan de armonías el recinto del bosque, a semejanza de un salterio.

El músico fugaz que tales conciertos produce, viene des-

de las cimas lejanas. Ha recogido en su viaje la melancolía del páramo inculto, el amor de la lumbre en las chozas de los labradores, y el lamento que se prolonga en el balar de los rebaños. Ha soplado juguetón sobre el espejo de las lagunas, sobre los campos de espigas o en las grandes rutas donde se arremolina el polvo. Antes de modelar notas dóricas o eolias en los alambres de los postes que halló por el camino, penetró dando zumbidos al través de los setos de las rendijas de las viviendas solitarias. De paso por la hoyada aprendió a repetir la rapsodia del torrente y a fingir el tono suave del suspiro, rozando los flecos de la chonta y del bambú.

Al invadir la meseta de mis correrías, el aire en conmoción cruza las malezas de helechos y pajonales, y con ímpetu se lanza en lo interior de la floresta. Allí zarandea el penacho del cocotero, se desliza bajo el pabellón de los dragos, hiende la copa oscura de los pomarrosos, mangos y caracolies, se parte contra el pilar del ceibo, se columpia en los bejucos, en lo alto del hobo menea los crestones de las orquídeas o los nidos de oropéndolas, y por doquiera esparce resinosos perfumes. Algún tallo escueto parece afrontar el empuje del huracán, y al fin cede y se quiebra con chasquido. Los leños rígidos son ástiles que ataca sin cesar la ventolera. Cada embestida arrebatada en torbellino un enjambre de hojas, briznas de la vegetación, flores de los guamos y los búcaros. Así estremecido el follaje todo, se trueca en órgano que remeda preludios de borrasca o fragor de ondas turbulentas. El bullicio se aleja o se aproxima, crece o disminuye lánguidamente hasta convertirse en susurro tan vago como los oráculos de la encina de Dodona. Ya es un céfiro que habiéndose impregnado de tristeza en el fondo sombrío del bosque, recobra fuerzas y alegría cuando sale a campo descubierto y se entra de rondón por el platanal vecino. ¡Qué alboroto de golpes a manera de reveses o bandazos, qué tremolar de enseñas, gallardetes y gonfalones, como en el tumulto de una fiesta o de un motín desconcertado! La brisa arrójase también

sobre los inmediatos plantíos de maíz y de caña, donde la agitación simula entonces crujir de sedas, jadeos de angustia, ruido de chubasco, sollozos y restallidos, roce metálico de aceros que se esgrimen.

He oído en un bello sitio agreste las voces de los aires, y las he comparado con los sonos de los demás elementos físicos. La canción del agua es a veces monótona. El estridor de un incendio es bronco. La descarga eléctrica es un paroxismo de cólera que hace retemblar la inmensidad. Las modulaciones aéreas pueden algo participar de esos acentos, pero varían según las masas de verdura en las cuales repercuten los desequilibrios de la atmósfera. No sin razón una de las palabras clásicas para designar el viento es el sinónimo latino de alma: el espíritu o sopro de vida, ente invisible que dotado de sutileza contrasta con la inercia corpórea y se torna misterioso aunque nunca deja de ser activo. Por esto me gozo en volver a escuchar durante los veranos del trópico la salvaje sinfonía que ensaya la arboleda combatida por el vendaval. Ahí no faltan los trozos en andante, los temas de minueto y rondó vivo. A ratos se creería que un genio mitológico, émulo de Meyerbeer, de Haydn y del mismo Eolo, impone silencio a las hamadriadas mientras desata el tropel de las furias o más bien de los agentes naturales que David llama *spiritus procellarum*, moviéndoles a prorrumpir en tempestad de solemnes y graves clamores, cuyas inflexiones van medidas por la aspereza o suavidad de las frondas que ora resisten al embate, ora se doblegan.

Allá en la altura sobresale un gajo seco, marcando con sus vaivenes el compás de la rústica sonata. Poco a poco los árboles se apaciguan, y en la extremidad de aquel vástago apenas se distingue una hojilla trémula que a impulsos de nueva brisa súbita, por fin se desprende y escapa hacia el refugio más ignoto del oquedal, donde los últimos acordes del himno entonado por la tierra al Creador, expiran en la placidez suprema de la tarde.

UN COMPENDIO DE SABIDURIA POLITICA

RECIENTE LIBRO DE JACQUES MARITAIN

Un nuevo libro de Jacques Maritain sobre política en los escaparates de una librería; *Principios de una Política Humanista*, atrajo de repente mi atención. El prestigio del autor, el título sugestivo, no me permitían pasar de largo. Sin embargo, el libro reposó por algún tiempo sobre mi mesa de trabajo, porque, después de *Humanismo Integral*, *Del régimen temporal y de la libertad*, *Carta sobre la independencia*, *Cuestiones de Conciencia*, ¿qué más puede decir Maritain sobre su pensamiento político? Con cierta displicencia, lo confieso, abrí por fin el hermoso volumen de *Editions de la Maison de France*, de Nueva York. Lleva una dedicatoria al Abate Carlos Journet, el ilustre filósofo suizo, y una nota preliminar, en la que se dice que los diversos capítulos que componen la obra salieron antes como artículos en diversas revistas francesas y americanas. Enterado de estos preliminares, entro en materia.

La lectura comenzada con escaso interés va haciéndose por momentos apasionante. La fluidez del estilo, la profundidad del pensamiento, la seguridad de la doctrina, la agudeza de los conceptos, va cautivando la atención. Y a medida que la lectura avanza, el interés se convierte en asombro, el libro en un torrente de luz que invade el espíritu, lo cautiva y se derrama sobre la voluntad, produciendo en ella ese apaciguamiento, ese deleite de que habla San Agustín y que sólo puede producir el contacto del alma con las verdades eternas, con la luz que viene de Dios.

Debo confesar ingenuamente que hacía mucho tiempo que